

veíamos en ellos mil cualidades auténticas del maestro, mas la ilustre crítica dijo que tan cerca estaban de él, que posiblemente fueron pintados por uno de sus mejores discípulos, mientras él hacía los monjes del claustro y vigilaba los del alumno, en cuyos cuadros hasta pudo poner su seguro pincel. Después en Madrid la hemos oído decir «he de ver más despacio aquellos cuadros».

El día de Todos los Santos, nos proporcionó en Guadalupe dos momentos solemnes en su templo: la gran misa de la mañana acompañada por el magnífico órgano; en la que los oficiantes vistieron ricas vestiduras; y los rezos al caer la tarde elevando al cielo humildes y devotas plegarias.

Visita obligada en este día fué la del cementerio, en las primeras horas de la tarde. No es preciso preguntar el camino, nos le indica la hilera de gentes de todas clases que a él se dirigen portando flores y cirios con que honrar sus difuntos. En el humilde cementerio instalado en un cerro, las personas mayores guardan la tumba de los suyos, los niños, muchos niños, van de un lado a otro colocando ramas por ellos cogidas en el campo; a los niños de la ciudad les estrema la idea del cementerio, casi ninguno le conoce, sin embargo estos niños lugareños desde que apenas saben andar están habituados a moverse entre las sepulturas y en tropel siguen a los sacerdotes que a estas horas rezan responsos ante las tumbas a petición de los deudos de los que en ellas descansan.

El pueblo de Guadalupe es encantador. En el centro de la plaza la fuente de enorme bola y cuatro caños, llena casi constantemente los cántaros de cobre que como regalo de boda llevan los novios, y heredan no solo sus hijos sino sus nietos. Estas vasijas de cobre, son una especialidad del pueblo. Lucen en todas las cocinas y reproducidas en miniatura adornan las salas o los íntimos cuartos de trabajo de los extremeños que viven por toda España. En Guadalupe hay varios artesanos que se dedican a tal fabricación. Visitamos uno de ellos, mas no logramos oír el golpe sonoro de su martillo sobre la chapa de cobre, pues era día de fiesta.

La calle principal en cuesta, dotada de acogedores soportales, ofrece entre sus bocacalles la vista de un paisaje de monte y olivos. En las primeras horas de la mañana un mercado anima la plaza del monasterio. Las mujeres afanosas van y vienen, los hombres conversan unos con otros. Allí vimos cómo con unos sarmientos chamuscaban un cerdo poco antes de ser descuartizado para su venta, pues el cerdo da ocasión a otra industria de Guadalupe. Las mujeres guadalupenses preparan con él sabrosísimos embutidos.

La noche de aquella bien aprovechada jornada nos ofreció otro grato y conmovedor espectáculo: todas las fachadas del pueblo desde la monumental y desconcertante del Monasterio hasta la de la más humilde y apartada casita, se adornan con lamparillas que ponen como ofrenda a los difuntos, y que se van apagando en las silenciosas horas de la noche, cuando se extingue la llama, al consumirse la mecha y el aceite.

El niño torero

I

ANGEL rubio de mi vida,

niño lindo de mi amor,

no juegues a ser torero

con tus tres años en flor:

que es tu equilibrio inestable,

que tus pasos cortos son...

¡y qué largos!, ay ¡qué largos

los cuernos del caracol!

No juegues—risa en los labios—,

tus donaires bajo un sol

que rubrica hilos de oro

en tu cabeza; un color

de manzana en tus mejillas...

blancas... —blancura de alcor:

que ni hay música, ni plaza,

ni público, ni emoción

que te aplauda y que te grite

tu garbo de artista; ¡no!

Y está la escarcha en la linde,

y en cada tallo de flor
velan, —cuchillos— los cuernos
de un oculto batallón
de caracoles que acechan
herir tu cuerpo, ¡ay!, amor.

II

Cuelga al brazo tu capote,
—abriguito de color—,
mira en desdén ese toro
que tu arrogancia retó,
y altivo, recto, orgulloso,
paso a paso, coquetón,
¡ven a mis brazos, mi niño;
ven a mis brazos, mi amor!
para jugarle la vida,
tiempo tendrás y ocasión
al resbalar de los años
y en el coso, entre el clamor
de un público enardecido
por el sol de la pasión...
Para tu estirpe de raza,
¡no es toro, no, un caracol!

ALEJANDRO GREGORI

FIESTA DEL ARBOL EN GARCIAZ

(1910)

HAN transcurrido solamente cuarenta años, y ¡qué pocos de los que la organizaron sobreviven aún! La Parca fué segando, hoy una, mañana otra, las vidas de aquellos beneméritos gestores municipales.

Era en 1909. Acababa de renovarse el Ayuntamiento, de acuerdo con el artículo 45 de la entonces vigente Ley Orgánica, y los concejales elevaron a la Presidencia del Municipio a D. Francisco Díez y Díez. No llegué a conocerlo, pero su figura perdura en la mentalidad popular a través de infinitas, curiosas, sabrosísimas anécdotas. Era una personalidad recia que siempre se imponía, hasta a sus mismos adversarios. Lo que quizás nadie de sus contemporáneos supiera es que aparte de sus genialidades, transmitidas de generación en generación, D. Francisco Díez y Díez poseía su biblioteca, y en ella un manuscrito curioso por demás.

Me figuro a aquel hombre dicharachero, organizador, sentado en una sala de su casa que daba hacia la plaza del pueblo, leyendo un manuscrito, que sin duda le encantaba. Era nada menos, y nada más, que la Vida y Obras de la Venerable María del Niño Jesús Meneses, nacida como D. Francisco Díez, en Berzocana, el pueblo que encierra el relicario de los Santos Fulgencio y Florentina, Patronos principales de esta diócesis placentina.

A buen seguro que ninguno de cuantos le conocieron y trataron y hubieron de sufrir sus intemperancias, hubiera sospechado que el Alcalde de Garciaz se deleitaba en leer obras de una escritora mística, desconocida, y discípula de la Madre Agreda. Lo mismo que en el siglo XVIII hacía Felipe IV, a quien donosamente llamaban el Grande.

A poco de hacerse cargo de la presidencia del Municipio, D. Francisco Díez y Díez (vulgarmente, «Veinte» contrayendo las dos sílabas en un diptongo) empiezan las actas municipales a mencionar la Fiesta del Arbol.

La iniciativa partió de la Junta Local de Primera Enseñanza, y la aceptó el Municipio.

Asistió aquélla el 14 de Julio de 1909 a los exámenes públicos en las dos escuelas con que entonces contaba la localidad. Los resultados fueron buenos, pero no del todo satisfactorios. Hubo las correspondientes explicaciones de parte de los maestros, y al fin de su reunión anual la Junta, entre otros acuerdos, tomó el de hacer saber al Ayuntamiento la satisfacción con que la Junta vería implantada en este pueblo la Fiesta del Arbol, para lo cual dirigía un ruego a fin